

JORNADAS Y CENTENARIO GENESIS DEL EXTERMO OCCIDENTE

**SIMPOSIO: HISTORIA DE LAS RELACIONES
INTERAMERICANAS**

LA CUESTION NACIONAL, LA IDENTIDAD Y UNIDAD LATINOAMERICANA

Universidad de Córdoba, 13 al 15 de agosto 1992

Palabras preliminares

En este momento de reflexión sobre el significado de los 500 años—para nosotros de Resistencia al Colonialismo, para otros de celebración del llamado “descubrimiento” de América— nos parece importante intercambiar ideas sobre la Cuestión Nacional, la Identidad y Unidad acerca Latinoamericana, como asimismo acerca el concepto Estado—Nación, del problema étnico y de las minorías nacionales, que ha resurgido dramáticamente a raíz del levantamiento sangriento de las nacionalidades que hasta hace poco constituían la Unión Soviética y Yugooslavia. No obstante, la clase dominante latinoamericana sigue discriminando racial y culturalmente a nuestras etnias indígenas, pisoteando los derechos seculares de estas nacionalidades milenarias.

Nos permitimos presentar esta ponencia en este Simposio porque para nosotros las Relaciones Interamericanas no abarcan solamente las relaciones entre Estados o gobiernos de nuestro continente sino también las relaciones entre pueblos, entre miembros de la sociedad civil. El estallido de la Cuestión Nacional y los problemas étnicos no resueltos en la zona andina, incidirán en las Relaciones Interamericanas. A nuestro juicio, hay relaciones interamericanas cuando se efectúan Congresos de Historiadores y otros intelectuales. Asimismo, se producen relaciones interamericanas cuando se realizan Conferencias de las Centrales Sindicales o de los Pueblos Originarios, como las realizadas últimamente a raíz de los 500 años de Resistencia Indígena y Popular. Ni qué decir de los cuatro Congresos Latinoamericanos que han realizado desde 1981 las representantes de la mitad invisible de la historia: las mujeres.

Hay relaciones interamericanas cuando las músicas populares latinoamericanas se generalizan en nuestras naciones, como ocurrió con el tango, la salsa y la canción de protesta, que relacionaron y unieron más a nuestros pueblos que ciertas reuniones en la Cumbre de los Presidentes. También aceleró las relaciones interamericanas “el grito de Córdoba” que desencadenó un proceso de Reforma Universitaria en toda América Latina, consolidando nuestra identidad en un momento de emergencia del pensamiento latinoamericanista en las dos primeras décadas del siglo XX.

Para nosotros, Relaciones Interamericanas son las que efectúan los pueblos en su proceso de liberación. Por ejemplo, los estrechos contactos que mantuvieron los hacedores de la Independencia en su combate anticolonial contra el imperio español. En tal sentido, Bolívar y San Martín constituyen paradigmas de las relaciones interamericanas, cuando aun no se constituían los Estados Nacionales. Como también lo son los sectores populares que se interrelacionaron desde la revolución Mejicana hasta la cubana y nicaragüense. Son no sólo relaciones latinoamericanas sino interamericanas las que se suscitan de manera Conflictiva cuando vastos sectores nacional—antiimperialistas rechazaron en las tres primeras décadas del siglo XI las invasiones norteamericanas a República Dominicana, Haití, Panamá y la Nicaragua de Sandino. En tal sentido, podría decirse que la Historia de las Relaciones Interamericanas es la

mía antisocial de mercado, que hace más dependientes que
nunca a nueu—

historia de un permanente conflicto entre Estados Unidos y los pueblos de América Latina, desde la doctrina Monroe: “América para los americanos”(1822) hasta la última “Iniciativa de las Américas” o mejor dicho de Norteamérica, impulsada por Bush.

La solidaridad de las naciones latinoamericanas con el pueblo argentino —no con su gobierno militar— a raíz de la agresión inglesa a las Islas Malvinas puede considerarse como una expresión de relaciones interamericanas.

Ni qué decir de la interinfluencia que se ha dado entre nuestros pensadores, como lo han demostrado Leopoldo Zea, Arturo Andrés Roig y otros investigadores. Esta es otra veta para enriquecer la teoría y práctica de las Relaciones Interamericanas.

A ese objetivo teórico apunta nuestra ponencia.

La cuestión nacional en América Latina

Ha sido tratada por los analistas casi exclusivamente en relación a la dominación imperialista del siglo XX, cuando es obvio que debe abordarse desde el proceso de la Independencia y las nuevas formas de dependencia durante el siglo pasado.

Esta problemática es particularmente importante para Cuba y Puerto Rico —que siguieron siendo colonias hasta fines del siglo XIX— y las colonias inglesas, francesas y holandesas del Caribe, además de las Guayanas, que forman parte de nuestro subcontinente expoliado, a pesar de que hablen un idioma distinto.

Respecto a la cuestión nacional en el siglo XX existen relevantes aportes sobre la lucha nacional—antiimperialista, pero poca claridad acerca de las culturas originarias indígenas y de otros sectores aún discriminados, como los negros.

La lucha por la Independencia política planteada tan claramente la cuestión nacional que llama la atención la ausencia de trabajos teóricos sobre el tema. Nuestra ruptura con el nexo colonial y francés (Haití) fue un paso histórico tan importante como el de las naciones que se formaron en Europa en la segunda mitad del siglo XIX y de la misma trascendencia que la Independencia de las naciones asiáticas y africanas en el siglo XX. Resulta entonces extraño que haya investigación acerca de la cuestión nacional en la Europa del siglo pasado y en el Asia y Africa contemporáneas y casi ninguna sobre América Latina. Recién en las primeras décadas del presente siglo comenzaron a aparecer debates sobre la cuestión nacional, entendiendo por ésta básicamente la lucha antiimperialista y, por lo tanto, ignorando la opresión de los negros y de las culturas originarias.

Para el tratamiento de esta temática hay que distinguir entre Estado-Nación y nacionalidades porque dentro de un Estado-Nación pueden existir una o varias nacionalidades, como es el caso del actual Estado español, donde coexisten varias nacionalidades como la vasca, catalana, etc., que tienen su propia lengua; algo similar ocurre en Ceylán y con los kurdos, oprimidos por los Estados—naciones de Irak, Irán y Turquía. Nuestra Cuestión Nacional se remonta a la colonización hispano—portuguesa, que yuguló el proceso de evolución multilineal de las culturas originarias y el desarrollo de los Estados Inca y Azteca, dividiendo nuestro subcontinente en etnias y costumbres distintas que se acentuaron con los diferentes mestizajes. Los invasores españoles sometieron a nuestros indígenas pero nunca pudieron asimilarlos totalmente a la sociedad colonial. La opresión fue tanto de clase como de género, cultural y de etnia. Por eso, para estudiar La Cuestión Nacional en nuestra América, desde sus orígenes, es fundamental considerar la relación etnia—género—clase. Esa es una de las tantas diferencias de nuestra Cuestión Nacional con la de los países europeos.

Nuestra condición colonial sentó las bases del problema nacional. Cuando la conciencia anticolonial maduró a través de un largo proceso, favorecido por la coyuntura de la invasión napoleónica a España, se produjo la ruptura con el imperio. Pero la clase dominante criolla, que tomó el poder en las primeras décadas del siglo XIX, no cambió la estructura socio—económica heredada de la colonia. Solamente cumplió una tarea democrático—burguesa: la independencia política formal, siendo incapaz de lograr la unidad latinoamericana, de iniciar un proceso de industrialización y de reforma agraria, manteniendo el tipo de economía primaria exportadora que reforzó nuestra dependencia del mercado mundial capitalista.

mía antisocial de mercado, que hace más dependientes que
nunca a nueu—

Esta burguesía criolla resolvió a medias la cuestión nacional. Se independizó políticamente de los imperios coloniales pero dejó insolutos los problemas de las nacionalidades originarias indígenas y de las etnias negras. Realizó la tarea demoburguesa de cortar con el nexo colonial pero negó los derechos democráticos a las etnias. Los indígenas y negros continuaron siendo explotados como en tiempo de la colonia. Los aborígenes fueron despojados de las tierras que les quedaban y los negros mantenidos en la esclavitud hasta fines del siglo XIX. Cuando se decretó la abolición de la esclavitud, la condición social del negro cambió al. Pasar de esclavo a peón, artesano o pequeño agricultor, pero en la práctica se mantuvo la discriminación racial.

Cabe hacer una distinción entre los indígenas, como nacionalidad originaria, y los negros, como sector oprimido. A diferencia de los indígenas, los negros nunca constituyeron una nacionalidad en nuestra América porque no estuvieron arraigados a la tierra ni tenían una lengua común, además de pertenecer a etnias americanas diferentes. Si en la época en que fueron esclavos no constituyeron una nacionalidad, menos podría hablarse de ella cuando fue decretada la abolición de la esclavitud, que aceleró su dispersión. En cambio, los indígenas se mantuvieron en gran parte en sus regiones de origen, reclamando y luchando por sus tierras, conservando su lengua y las tradiciones culturales de su etnia. Esta diferenciación no significa que el problema de los negros oprimidos no forme parte de la cuestión nacional en el siglo XX. Es parte de ella, pero en forma distinta a la de las culturas originarias.

La revolución haitiana triunfante en 1804 —y por lo tanto el primer país independiente de América Latina— fue la única en acometer a fondo la solución de la cuestión nacional. Conquistó la independencia política con Dessalines, como asimismo la liberación de los esclavos, terminando con la discriminación de negros y mulatos.

Otras colonias ni siquiera alcanzaron la independencia. El problema nacional de Cuba, Puerto Rico, Antillas Menores y Guayanas pasó fundamentalmente durante fines del siglo XIX y gran parte del siglo XX por la lucha independentista, como bien lo comprendieron Martí, Betances, Hostos y otros.

José Martí sabía que no bastaba con romper el vínculo colonial español sino que también era necesario quebrar la dependencia económica respecto de Estados Unidos. Por eso, el anticolonialismo de Martí era a la vez antiimperialismo. Precisamente allí reside la principal diferencia entre, la lucha anticolonialista de los patriotas de 1810 y la lucha de liberación nacional de Martí. Este comprendió ‘la Cuestión Nacional mejor que cualquier marxista de su época. Cuando los socialistas, tanto europeos como latinoamericanos, seguían repitiendo las afirmaciones de Marx y Engels en torno al problema de las nacionalidades —no dándose cuenta de que éstas se referían a la coyuntura europea, sin pretender erigirse en teoría universal— Martí redescubrió la Cuestión Nacional para América Latina. Para Martí la Cuestión Nacional no ¡se agotaba en la lucha por la independencia política sino que tomaba una nueva dimensión al tener que enfrentar, al mismo tiempo, al imperialismo norteamericano. En tal sentido, se adelantaba en dos décadas a las apreciaciones de Lenin sobre la cuestión nacional. sin alcanzar una sistematización teórica, Martí hizo apreciaciones tan relevantes sobre el tema que puede ser considerado como el precursor de la teoría de la Cuestión Nacional para nuestra América.

Sin ser marxista, José Martí comprendió antes que los marxistas latinoamericanos que la Cuestión Nacional no se limita al problema antiimperialista sino que también abarca la situación de opresión de las etnias, especialmente la de las culturas originarias. Junto a su compañera guatemalteca, recorrió las comunidades indígenas de México y Guatemala; escuchó lenguas aborígenes diversas, expresión de etnias diferentes, dándose cuenta que constituían nacionalidades marginadas y oprimidas. Esta vivencia fue decisiva para su consecuente lucha por la igualdad de los negros en su país, contra los cubanos blancos que discriminaban a los negros, a los mismos que después de haber explotado como esclavos seguían oprimiendo como asalariados. A Martí comenzaba a hacersele clara la relación etnia—clase, concepto que esclarecerá más tarde Mariátegui y que recién empieza a utilizarse en la década de 1980 ante el resurgimiento de las luchas de los pueblos originarios. Actualmente, el Estado trata de “integrar” a los indígenas a través de una política desarrollista y una ideologizada “unidad nacional”. Para justificar este atropello ancestral se esgrime el concepto de Estado— Nación, de por sí contradictorio ya que en un mismo Estado pueden convivir varias nacionalidades, El concepto de Estado-Nación acunado por la burguesía europea— es contradictorio con el de

mía antisocial de mercado, que hace más dependientes que nunca a nueu—

solidaridad étnica, puesto que el Estado no respeta la autodeterminación de las nacionalidades. Puede imponer compulsivamente a las etnias una ciudadanía, por encima de la existencia de las nacionalidades indígenas, pero en los hechos nunca logra alcanzar una real unidad, como puede comprobarse en la evolución histórica de las regiones mesoamericana y andina, donde las culturas originarias siguen resistiendo a la política autoritaria del Estado—Nación, que continúa practicando una forma de endorracismo. Es el caso, entre otros tantos, del Estado argentino con los 300.000 coyas— aymarás, los cerca de 100.000 mapuches, los 60.000 chiriguano y metás y los 3.000 matacos y tobas, cifras proyectadas a la actualidad del Censo Indígena Nacional de 1965, Ministerio del Interior, Buenos Aires. Por otra parte, el Gobierno chileno ha llegado en julio de 1992 a calificar de delincuentes comunes a los mapuches que intentaron recuperar sus tierras ancestrales en nombre de más de un millón de indígenas.

La ideología del Estado—Nación marcha a contrapelo de la realidad, Existen en el mundo mucho más grupos étnicos que Estados—nación, ya que hay cerca de 5.000 etnias mientras sólo existen 150 Estados Nacionales. En nuestra América, según Stavenhagen, habían 27 Estados en 1980 y aproximadamente 485 colectividades étnicas.

La política de integración forzada de las etnias ha conducido a exacerbar los choques, a no respetar que cada etnia tenga derecho a la autogestión y a la autodeterminación y autodesarrollo de su identidad cultural, expulsándoseles de sus zonas, habitadas durante milenios, sin ninguna consideración por el equilibrio ecológico. Estos choques se agravaron puesto que el movimiento de los Pueblos Originarios ha resurgido con renovadas fuerzas y con un nuevo liderazgo, más joven, en la década de 1980—90, especialmente en México, Guatemala, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia y Chile, como lo hemos podido observar en nuestra última gira por la zona andina. Los movimientos indígenas plantean como puntos fundamentales: la recuperación de sus tierras y la entrega de títulos de dominio, derecho a una educación bilingüe impartida por profesores aborígenes, respeto a su cultura y a su religiosidad. Para garantizar ésta y otras de mandas proponen un cambio en el carácter del Estado a través de una reforma constitucional que establezca el Estado multiétnico o pluriétnico y pluricultural, que reconozca a las etnias indígenas como naciones o nacionalidades, como fue aprobado en 1991 por la Asamblea Constituyente, de Colombia y como existe en Nicaragua desde 1983. Es decir, un Estado que reconozca como nacionalidades a los indígenas.

Si a estos problemas étnicos, le agregamos las nuevas formas de dominación neocolonial en nuestra América —como la deuda externa y el proceso de privatizaciones impuesto por las transnacionales en esta economía antisocial de mercado, que hace más dependiente que nunca a nuestros países— comprobaremos que el tratamiento teórico de la cuestión Nacional se ha hecho más compleja que hace medio siglo atrás. Este estudio de la Cuestión Nacional puede contribuir a redimensionar el concepto de Relaciones Interamericanas, especialmente latinoamericanas, tanto en el pasado como en el presente, porque esclarece el papel de cada Estado—nación, de las etnias y nacionalidades, que en muchos casos rebasan las fronteras de cada país. Por ejemplo, los aymarás del sur de Perú, de Bolivia y Norte de Chile y Argentina se consideran hermanos de una misma nacionalidad o nación, por su condición de pueblo originario, por encima de los actuales límites de dichos Estados. Lo mismo ocurre con los mapuches de Chile y Argentina (especialmente de Neuquén) que en un encuentro realizado en mayo de 1992 reafirmaron en Temuco:(Chile) su condición de nación, aprobando una bandera y autoridades comunes, además de una educación en su propio idioma.

Solamente este último hecho sería razón suficiente como para redefinir y enriquecer el concepto de Relaciones Interamericanas o, mejor dicho, indo-latinoamericanas. En tal sentido, qué mejor momento que este y Centenario para debatir un tema tan postergado: las culturas originarias y las relaciones interamericanas.

Identidad y Unidad Latinoamericana

Es otro tema que también contribuye al enriquecimiento de la teoría sobre las relaciones interamericanas.

mía antisocial de mercado, que hace más dependientes que nunca a nueu—

Los latinoamericanos experimentamos la sensación de pertenencia a una tradición histórica cultural común y de unidad, como no se da en otros continentes, fenómeno que plantea el problema de la identidad.

Desde el ángulo histórico—cultural, sin adentrarnos por el momento en lo psicológico, identidad significa autoconciencia de pertenecer a Una nación, a una clase, a un género, a una etnia o idiosincrasia cultural. Expresa por lo tanto la singularidad o diferencia con otros pueblos, la diversidad, como resultado del desarrollo desigual, articulado, combinado, específico—diferenciado y multilineal de la historia.

La conciencia colectiva de identidad, siempre en desarrollo, se refleja en varias formas de autoafirmación y ruptura. Embrionariamente, la identidad latinoamericana —aclaramos que de los criollos y mestizos, porque las culturas originarias tensan ya su propia identidad— surgió como rechazo a la colonización española y portuguesa, y luego como respuesta a la dependencia estructural impuesta por la metrópolis imperialistas. Como dice Franz Fanon, el colonialismo y las relaciones de dependencia aceleran contradictoriamente la conciencia social de identidad. Al mismo tiempo, la identidad latinoamericana no se desarrolló solamente como mero mecanismo de defensa ante las diversas formas de colonialismo, sino como autoafirmación destinada a generar proyectos de liberación y de sociedad alternativa.

La identidad no está dada de una vez y para siempre. Se va formando en el proceso histórico. No es un fenómeno acabado o cerrado. Es un proceso, No tiene sentido —salvo el caso de los indígenas— que nosotros los mestizos busquemos en el pasado una identidad plena que nunca tuvimos, aunque en ese pasado podemos encontrar las raíces del proceso en pos de la identidad. No se trata —dice Leopoldo Zea— de “un renacimiento sino de un nacimiento de una identidad que ha sido engendrada en la relación conquistador, colonizador—colonizado” (L.Z.: “Nuestra América y una nueva formulación del humanismo”, en Revista “Cochasqui”, Quito, N°3, p.5, 1981.)

Por eso, la identidad de nuestros pueblos es un proceso en desarrollo, que ha tratado de ser abortado, deformado y mediatizado por el colonialismo externo e interno, el neocolonialismo cultural y las diversas manifestaciones de aculturación. La identidad es y lo que se va construyendo; es un proceso permanente y contradictorio de cambio, de creación y recreación constante.

No hay una sola identidad. Podría decirse que estamos forjando una identidad latinoamericana, pero al mismo tiempo existe la identidad indígena, negra y mestiza; la identidad de clase que se cruza con la identidad de género de la mitad invisible de la historia: las mujeres; también se da una identidad de territorio, ya sea como nación, provincia, comuna o ciudad. Hay unidad en la diversidad de cada país o región de América Latina porque conviven diferentes etnias, especialmente la indígena, que tienen a su vez su propia identidad la identidad de clase tampoco es contraria con la aspiración a la unidad e identidad latinoamericana. Sentirse obrero ecuatoriano, boliviano, chileno o argentino es también sentirse explotado latinoamericano.

Las identidades particulares de región tampoco son incompatibles con el sentimiento de unidad latinoamericana. Hay que promover el estudio de la historia regional, con una metodología global que integre el análisis regional a la formación social nacional y Latinoamericana. Para ello, es necesario redimensionar el concepto de región, dándole un contenido más histórico-latinoamericano, sin restringirlo a los límites geográficos. Así se podrán comprender mejor las especificidades de cada país.

No olvidar que la unidad latinoamericana se expresó en más de una vez en los fenómenos de regionalización de los conflictos sociales y políticos. Esta tendencia se inició con la rebelión de Tupac Amaru, que abarcó la región andina, desde Ecuador al Norte argentino. Es decir, el antiguo imperio incaico. Otra expresión de la regionalización de los procesos sociales fue la expansión del levantamiento anticolonial haitiano de Toussant de L'Overture, especialmente a las costas venezolanas, donde se alzó José Leonardo Chirino, junto a los esclavos y los indígenas en 1795. Ni que decir de la regionalización de las guerras de la independencia: en la zona andina (campañas de Simón Bolívar por el norte y de San Martín por el Sur). En la Década de 1830-40 Francisco Morazán estuvo a punto de concretar una centroamérica unida.

La primera regionalización de la revolución del siglo XX se produjo entre 1925 y 1933 en la zona centroamericana y caribeña, impulsada por Julio Antonio Mella en Cuba y por Augusto

mía antisocial de mercado, que hace más dependientes que nunca a nueu-

César Sandino en Nicaragua; en 1928 se registraba el levantamiento de los trabajadores colombianos en las bananeras, que Raúl Mahecha trató de coordinar con la huelga de los petroleros, precisamente el mismo año que se produce el gran movimiento de protesta contra la dictadura de Juan Vicente Gómez en Venezuela. Frustrados transitoriamente estos procesos, la tendencia a la regionalización de los conflictos no se detuvo; en 1932 estalló la revolución salvadoreña, dirigida por Farabundo Martí, y en 1933 el movimiento nacional-antiimperialista liderada en Cuba por Antonio Guterres. No por azar se formó entonces la Liga Antiimperialista de las Américas, presidida por el pintor mexicano Diego Rivera y el escritor venezolano Salvador de la Plaza, redactores del periódico “El Libertador”.

Estos y otros hechos históricos –como los ocurridos en el Cono Sur en la década de 1970- muestran la necesidad de enriquecer la teoría de las relaciones interamericanas con el estudio de la tendencia a la regionalización de los procesos sociales y políticos en América Latina.

Hay que distinguir entre identidad y unidad nacional, porque en nombre de ésta se han sacrificado los intereses de los oprimidos y explotados. Apelando a la unidad nacional o a la “argentinidad” o “chilenidad” los militares han justificado los genocidios más masivos de nuestra historia. Mientras la consigna de “unidad nacional” es ideologizante, el concepto de identidad nacional es una categoría objetiva, ya que nadie podría negar el sentido de pertenencia que los habitantes experimentan por su país. Y si éste país es oprimido, como es el caso de los países latinoamericanos, la identidad juega un papel dinámico en la lucha por la liberación respecto de las metrópolis opresoras.

La conciencia colectiva de identidad rebasa –dice Arturo Andrés Roig- el marco de las psicologías y ontologías del llamado “ser nacional”, pues lo que une a los pueblos latinoamericanos es su situación de opresión social y política. (A.A.R.: Teoría y Crítica del Pensamiento Latinoamericano”, FCE, México, 1981, p. 281 y siguiente)

Esta lucha por la identidad y unidad latinoamericana se va configurando no sólo en los enfrentamientos sociales y políticos sino también en la creatividad de los trabajadores de la cultura, a través de sus pinturas y cantos a la vida y la solidaridad, como asimismo de quienes tienen la responsabilidad de decir la verdad histórica, desmistificando todo aquello destinado a mediatizar la conciencia colectiva de identidad y unidad latinoamericana y contribuyendo a generar un proyecto alternativo de sociedad. **“o inventamos o erramos”** decía Simón Rodríguez, quien nos invita a continuar reflexionando para comenzar de nuevo a creer en la utopía realizable en este mundo de desesperanza, a creer que lo imaginable es posible.

LUIS VITALE
DIRECTOR DEL CELA
(Centro de Estudios latinoamericanos)

mía antisocial de mercado, que hace más dependientes que
nunca a nueu-